Para acabar con 40 años de lefebvrismo

Cuarenta años[1]. Han pasado exactamente cuarenta años desde que el arzobispo Lefebvre publicó su famosa declaración del 21 de noviembre de 1974. En Itinéraires, Jean Madiran llegó a escribir que era «la carta fundacional de la Iglesia Militante».

Es, de hecho, el principal acto fundacional del lefebvrismo, y todos aquellos que se declaran seguidores del fundador de Ecône aún la respaldan plenamente hoy. Es el caso de Suresnes y Menzingen, quienes celebraron el cuadragésimo aniversario de esta declaración compartiéndola en los sitios web La Porte Latine y Dici. Los disidentes antifelay de la Unión Sacerdotal Marcel Lefebvre (USML) también afirman abiertamente ser parte de esta declaración. El padre Bruno, coordinador nacional de la USML, publicó este mismo texto en el sitio web oficial de la Unión, Francia Fiel, y escribió: «Este magnífico texto es la carta fundacional de nuestra lucha. (...) Hacemos nuestra esta declaración».

[1] Este artículo fue escrito en 2014.

A primera vista, uno podría sorprenderse: ¿cómo es posible que hermanos enemigos, con opiniones diametralmente opuestas sobre el principio de un acuerdo con la «Roma modernista», puedan reivindicar, con el mismo entusiasmo y hermosa unanimidad, la declaración del 21 de noviembre de 1974?

La respuesta es sencilla: porque en esta declaración, en el documento del fundador del lefebvrismo, encontramos resumida y concentrada toda la incoherencia fundamental del movimiento y el pensamiento lefebvristas.

En este documento, Monseñor Lefebvre reconoce en Pablo VI y sus contemporáneos en el Vaticano tanto la Roma modernista (a la que hay que desobedecer) como la Roma eterna (a la que hay que ser fiel).

De hecho, esta declaración no puede entenderse de otra manera, pues quienes pensaban y decían que la Roma modernista no era en absoluto la Roma eterna y que, por lo tanto, era ilegítima, herética, apóstata y carente de autoridad, fueron expulsados sistemáticamente de la FSSPX. Esto sigue vigente hoy en día, ya que la expulsión de todos los sacerdotes o seminaristas condenados por sedevacantismo se convirtió rápidamente en un deporte nacional (e incluso internacional) dentro de la Fraternidad.

Además, en esta declaración, que mentes superficiales y falsas consideran magnífica, aunque es teológicamente nula y absurda, totalmente a imagen de su autor, Monseñor Lefebvre reconoce públicamente la autoridad de Pablo VI, a quien describe como «Santo Padre», «Sumo Pontífice» y «Sucesor de Pedro». Tres veces en esta declaración, el fundador de la FSSPX reconoce públicamente a Montini como Vicario de Cristo.¡Adiós!

Peor aún (si se puede decir así), en este texto, Monseñor Lefebvre introduce el principio del libre examen protestante, que consiste en examinar las palabras y acciones de aquel a quien reconoce como sucesor de Pedro: «si cierta contradicción aparece en sus palabras y acciones (las de Pablo VI, a quien reconoció como Papa), así como en las acciones de los dicasterios, entonces elegimos lo que siempre se ha enseñado y hacemos oídos sordos a las innovaciones destructivas de la Iglesia».

En otras palabras, Monseñor Lefebvre se erige como un magisterio paralelo, reconociendo al mismo tiempo la autoridad de Pablo VI.

Ahora le corresponde clasificar (¿en nombre de qué autoridad? ¿De qué infalibilidad? ¿De qué legitimidad?) qué es católico, qué es aceptable, qué está conforme con la Tradición y qué no, según las palabras y acciones de quienes reconoce como vicarios de Cristo.

Esta es una afirmación escandalosa, pues ¿quién es el garante infalible de la Tradición sino el Magisterio, sino el Papa, quien es, recordémoslo, la regla viva e inmediata de la fe?

Corresponde al Papa decir con autoridad qué está conforme con la Tradición y qué no, qué es católico y qué no. Si alguien piensa y actúa de otra manera, deja de ser católico.

Donde está Pedro, allí está la Iglesia.

Vemos, pues, que el lefebvrismo ataca los fundamentos mismos de la Iglesia y vicia el acto de fe. Pues, si creemos en las verdades de la fe (el objeto de la revelación), es porque Dios las ha revelado (el autor de la revelación) y la Iglesia nos las enseña (la regla de la fe).

La Iglesia, por tanto, goza de infalibilidad doctrinal.

Adoptar el discurso del lefebvrismo no es más que atacar la roca misma sobre la que se asienta la Iglesia.

Los tradicionalistas deben ser verdaderamente relativistas y completamente desinteresados en cuestiones doctrinales para tener constantemente a San Marcelo en sus labios aquí, San Marcelo allá (recordemos, por cierto, que Monseñor Williamson fundó una iniciativa de San Marcelo, que el Padre Philippe Laguérie, expulsado de la FSSPX en 2004 y a quien Suresnes envió guardias y perros para expulsar del priorato de Brujas, fundó un culto a San Marcelo, que sus partidarios dirigían un sitio web llamado Fraternité Canal Historique (Fraternidad Histórica del Canal), y que los que hoy rodean a Richard Williamson están agrupados en la Unión Sacerdotal Marcel Lefebvre.

¡Como si ya fuera un santo canonizado por la Santa Iglesia! Incluso el Padre Abrahamowicz creó una Domus Marcel Lefebvre en Italia. (¡De eso no podemos escapar!)

Como yo, como bromeó un viejo sacerdote sedevacantista, no deberíamos esperar mucho de los sacerdotes que abandonan la FSSPX hoy (o que han sido expulsados), porque después de pasar 10, 20, 30 o 40 años en una fosa séptica, ¡es normal que huelan mal!

O, como me dijo una mujer a la vanguardia de la lucha ultrasedevacantista (¡me encanta!) durante medio siglo: "¿Qué bien esperabas que saliera de una fuente envenenada como Lefebvre?". Es difícil no estar de acuerdo con ella. Lo hemos escrito muchas veces: Monseñor Lefebvre es como el Bazar del Hôtel de Ville de París: allí lo encuentras todo... ¡y su contrario!

Por eso, en las actuales divisiones de la FSSPX y sus comunidades amigas, se intercambian declaraciones contradictorias de Monseñor Lefebvre, todas perfectamente auténticas, para justificar su postura.

Cada uno se presenta así como un auténtico discípulo del difunto fundador de la FSSPX, como guardián de la Orden del Temple lefebvriana, sin preguntarse jamás si estas divisiones fratricidas no se derivan precisamente de las inconsistencias, la procrastinación y, seamos francos, la duplicidad de Monseñor Lefebvre, de quien lo menos que podemos decir es que no es un modelo de invariancia.

En abril de 2012, los obispos de la FSSPX intercambiaron cartas duras y crueles, que contenían citas contradictorias, pero auténticas, de Monseñor Lefebvre. Los proacordistas destacan las numerosas declaraciones y posturas del fundador de Ecône a favor de los acuerdos con los ocupantes del Vaticano; los antiacordistas destacan las igualmente numerosas declaraciones del propio arzobispo Lefebvre en contra de los acuerdos. Pero todos siguen siendo incondicionalmente lefebvrianos, ¡sin lugar a dudas! ¿No es maravilloso?

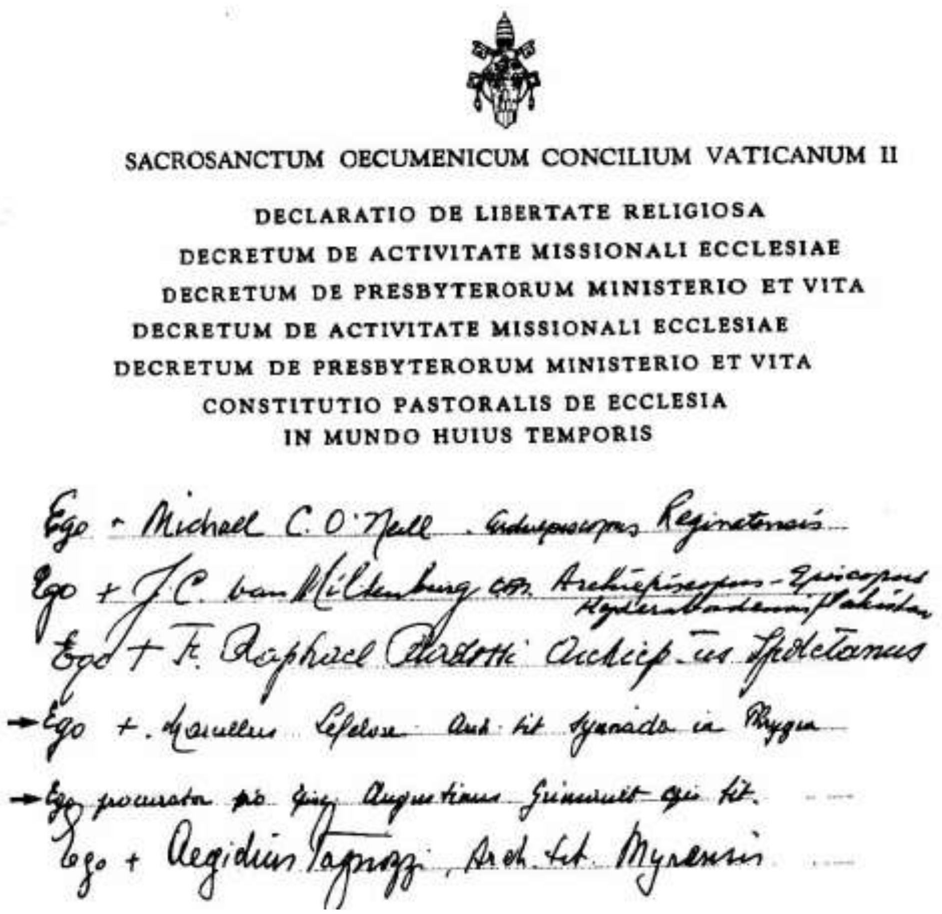
Si el arzobispo Lefebvre dijo todo y su contrario, es porque no se atrevió a cruzar el Rubicón.

Debido a su temperamento diplomático, liberal y consensual, a su cobardía, a su miedo a las consecuencias, en resumen, a razones esencialmente mundanas.

Pero no hay nada peor que quienes no llevan su lucha hasta el final. Dios vomita a los tibios. La tibieza ya es una forma de traición, quizás la peor que existe.

Hay que recordar que Monseñor Lefebvre reaccionó demasiado tarde a la revolución en la Iglesia.

Así, se negó a firmar el Breve Examen Crítico de los cardenales Ottaviani y Bacci (por cierto, el texto había sido escrito por el padre Guérard des Lauriers, mucho más doctrinal que el fundador de la FSSPX, ¡aunque su tesis no nos convence en absoluto!), firmó todos los textos del Vaticano II, contrariamente a lo que había afirmado falsamente durante años (solo con la biografía de Monseñor Tissier de Mallerais se desmintió esta leyenda), y solicitó (y obtuvo) las autorizaciones necesarias de las autoridades (pseudo)conciliares para la creación de la Compañía y del seminario en 1970.


SACROSANCTUM OECUMENICUM CONCILIUM VATICANUM II

DECLARATIO DE LIBERTATE RELIGIOSA
DECRETUM DE ACTIVITATE MISSIONALI ECCLESIAE
DECRETUM DE PRESBYTERORUM MINISTERIO ET VITA
DECRETUM DE ACTIVITATE MISSIONALI ECCLESIAE
DECRETUM DE PRESBYTERORUM MINISTERIO ET VITA
CONSTITUTIO PASTORALIS DE ECCLESIA
IN MUNDO HUIUS TEMPORIS

Ego + Marcellus Lefebvre Arch. tit. Synnada in Phrygia

El arzobispo Lefebvre no fue, por lo tanto, un rompedor de diques, un valiente luchador por la fe. Donde necesitábamos un atleta de la fe, teníamos a un diplomático. Donde necesitábamos un confesor de la fe, teníamos a un prelado pragmático y aventurero. Donde necesitábamos un incansable destructor de herejías y apostasías, teníamos a un político que intentaba negociar un lugar en la Iglesia conciliar.

Donde habría sido necesario formar almas ardientes, almas ardientes, dispuestas a cualquier sacrificio, a cualquier persecución, solo tuvimos cobardes enamorados de Monseñor (Monseñor dijo, Monseñor hizo, Monseñor piensa...). Se promovió a hipócritas, hombres sin sustancia, sin convicciones, sin columna vertebral: los Loran, los Schmidberger, los Simoulin, los Bouchacourt, los de La Rocques, dignos herederos del difunto coronel de La Rocques, conocido por su moderación y estricto legalismo respecto a la Tercera República Masónica, los Fellays, que, en la vida civil, no podrían haber aspirado a nada mejor que ser jefe de departamento en Migros.

Si todas estas personas no estuvieran cegadas por el culto sectario que le rinden a un simple obispo sin jurisdicción, y si fueran mínimamente capaces de pensamiento crítico, de mantener una distancia crítica con su mentor, habrían comprendido que las reiteradas crisis de la FSSPX durante los últimos cuarenta años no tienen otro origen que las inconsistencias doctrinales de Monseñor Lefebvre y su versatilidad.

Dependiendo de sus intereses del momento, de sus interlocutores y de sus oyentes, era capaz de decir cualquier cosa. Incluso dentro del mismo discurso, de la misma homilía.

Sería instructivo escribir un libro sobre las permanentes contradicciones del ex arzobispo de Dakar. En la página derecha, colocaríamos las declaraciones de ruptura con el modernismo y el Vaticano, y en la izquierda, las de quienes abogan por un acuerdo práctico. El resultado sería edificante.

Y es falso decir que estas contradicciones fueron simplemente el resultado de una "ignición retardada", de la oscuridad de la situación, y que se disiparon gradualmente, con el tiempo ayudándolo a ver con más claridad.

En septiembre de 1987, declaró que Roma estaba en apostasía, que todas estas personas habían abandonado o estaban abandonando la Iglesia, que no se podía colaborar con ellas, ni siquiera si nombraban un obispo ni si levantaban las sanciones contra la FSSPX.

Y casi inmediatamente después de esta declaración, aparentemente muy firme, entabló conversaciones con el Vaticano que culminaron en la firma del memorando de entendimiento el 5 de mayo de 1988. Esto no es menos lamentable que el protocolo firmado 24 años después por el obispo Fellay.

En ambas declaraciones, se reconocen y aprueban explícitamente el nuevo código de derecho canónico de 1983, la validez de la nueva misa y de todos los nuevos sacramentos, la autoridad del ocupante de la Sede de Pedro e incluso el Vaticano II.

El documento firmado por el Arzobispo Lefebvre declara: «Declaramos que aceptamos la doctrina contenida en el n.º 25 de la Constitución Dogmática Lumen Gentium del Concilio Vaticano II sobre el Magisterio Eclesiástico y la Adhesión al mismo».

La declaración del Arzobispo Fellay dice: «El Concilio Vaticano II, por su parte, aclara —es decir, profundiza y aclara aún más— ciertos aspectos de la vida y la doctrina de la Iglesia, implícitamente presentes en él o aún no formulados conceptualmente».

El Arzobispo Lefebvre ciertamente retiró su firma al día siguiente (6 de mayo de 1988), pero, al igual que el Arzobispo Fellay después de él, nunca se retractó realmente de la esencia del preámbulo.

Incluso hizo varias declaraciones posteriores en las que afirmó que este preámbulo no era realmente malo ni inaceptable, de lo contrario no lo habría firmado.

Lo que finalmente impidió el acuerdo en ese momento fue la falta de confianza en sus interlocutores romanos, no en la doctrina, la fe o los principios intangibles.

El desacuerdo surgió en torno a la composición de los miembros de la comisión romana responsable de la "tradición" y debido a las dudas de Monseñor Lefebvre sobre la disposición de sus interlocutores a concederle un obispo de la FSSPX para asegurar la supervivencia de su obra.

Para justificar, sin embargo, haber continuado con el acto de consagrar obispos sin mandato papal, reconociendo públicamente la autoridad de Juan Pablo II y afirmando estar en comunión con él en el canon de la Misa, es decir, en la parte más importante y sagrada del Santo Sacrificio, y aunque un año antes había confesado en una entrevista con Michel Reboul en Monde et vie que, si consagraba obispos sin mandato papal, sería cismático, Monseñor Lefebvre utilizó un argumento lamentable, digno de su personalidad: "las tiendas están alquiladas", "la gente pagó el hotel", en resumen, no hay vuelta atrás.

El día de las consagraciones, en su homilía, el arzobispo Lefebvre solicitó que estas famosas palabras de San Pablo se grabaran en su tumba: «*Tradidi quod et accepi*». He transmitido lo que he recibido. Sus discípulos, obviamente, obedecieron su recomendación. Y sus seguidores aún hoy se deleitan con esta declaración.

Sin embargo, esto también es una impostura:

¿Dónde aprendió Monseñor Lefebvre que un concilio ecuménico promulgado por un verdadero Papa podía ser falible y meramente pastoral?

¿Dónde leyó que los obispos podían ser consagrados contra la voluntad explícita y pública de aquel reconocido como vicario de Cristo?

¿Dónde aprendió que el magisterio ordinario y universal de la Iglesia no era necesariamente infalible, o que, para serlo, se requería consenso no solo en el espacio sino también en el tiempo?

¿Dónde aprendió que se podía mantener un seminario, formar y ordenar sacerdotes contra el orden formal de la autoridad que se consideraba legítima?

¿Dónde aprendió que se podía conferir el sacramento de la Confirmación en cualquier diócesis del mundo sin siquiera referirse a los obispos residentes reconocidos como legítimos?

¿Dónde aprendió que uno puede llamarse católico y desobedecer en todo a quien es reconocido públicamente como Vicario de Cristo?

¿De qué manual de teología católica aprendió que las canonizaciones realizadas por un verdadero papa pueden no ser infalibles, que una misa, un código de derecho canónico, un catecismo, un ritual de sacramentos promulgado por el Papa para la Iglesia universal puede ser dañino y peligroso para la fe?

¿Dónde aprendió que se puede expulsar para siempre de su supuesta fraternidad, sin vacilación alguna, a sacerdotes y diáconos que ordenó por la única razón de que, en conciencia, no pueden afirmar estar en comunión con el canon de la misa con los ocupantes de la Sede de Pedro que están destruyendo la Iglesia?

¿Dónde aprendió que era posible echarlos a la calle sin remordimientos, sin preocuparse por su supervivencia, su seguridad social, su miseria, su abandono?

En esto, además, Monseñor Fellay es un digno heredero de Monseñor Lefebvre.

Y es este miserable hombre quien es presentado como un santo, como un héroe y un atleta de la fe, como el salvador de la Iglesia y la Tradición. Al mismo tiempo, fue su sepulturero más formidable y eficaz.

Como escribió el difunto Padre Barbara con dureza pero precisión: después de Juan XXIII, Pablo VI y Juan Pablo II (y, podríamos añadir hoy, Benedicto XVI y Francisco), Monseñor Lefebvre fue uno de los principales destructores de la Iglesia Militante, el adversario más formidable del sedevacantismo y, por lo tanto, de la verdad católica.

¿Cuántos sacerdotes y laicos me han dicho que se habrían convertido en sedevacantistas sin el arzobispo Lefebvre, en quien erróneamente depositaron su plena confianza?

Este desastroso historial no es, sin duda, motivo de orgullo.

Cada vez que se debía tomar una decisión crucial, Lefebvre se equivocaba: sobre la validez de la Misa y los nuevos sacramentos, sobre la autoridad de los ilegítimos ocupantes de la Sede de Pedro, sobre la aceptación de la liturgia y el breviario de Juan XXIII, sobre la elección de hombres para puestos clave.

La Fraternidad San Pío X es un poco como el Partido Comunista en su apogeo. Hay que seguir la línea del partido incondicionalmente, incluso cuando cambia (y cambia con frecuencia). Si no se hace, se será expulsado sin piedad.

Escribir la historia de la Fraternidad durante los últimos cuarenta años es escribir la historia de sus purgas, de sus exclusiones.

Por lo tanto, no es de extrañar que todo este entorno se vuelva cada vez menos creíble a nivel humano, intelectual y doctrinal. Un edificio construido sobre arena como este no puede dar fruto. Lo que mantiene viva a la FSSPX es la fortaleza de su estructura y la tiranía de su liderazgo. Por lo tanto, aún puede perdurar durante algún tiempo: después de todo, los propios partidos políticos, a pesar de sus traiciones, crímenes y los múltiples escándalos que los manchan, siguen vigentes durante décadas.

Pero si la estructura permanece legalmente intacta, cabe preguntarse: ¿qué quedará del lefebvrismo dentro de veinte o treinta años, una vez que la FSSPX y sus comunidades amigas hayan sido completamente absorbidas por la Iglesia conciliar, cuando sean los falsos prelados conciliares quienes confieran ordenaciones y confirmaciones? Probablemente nada.

O muy poco. Monseñor Lefebvre no habrá salvado absolutamente nada. Ni siquiera la misa, ya que mañana serán "obispos" conciliares inválidos quienes realizarán las ordenaciones dentro de la FSSPX.

E incluso si usaran el rito tradicional, no surtiría efecto, ya que estos "obispos" conciliares no son sacerdotes ni obispos, pues fueron ordenados y consagrados según el nuevo ritual de ordenación y consagración de Montini del 18 de junio de 1968.

Algunos sacerdotes de base no están en sintonía con la política actual de Menzingen, pero la siguen porque no saben adónde ir. Están perdidos, y la valentía no es su principal virtud. Cabe decir que, con semejante fundador, me atrevería a decir que estaban en una buena escuela.

¿Y qué decir de los cuatro obispos, cada cual más deplorable que el anterior, incluido Richard Williamson, que da el mayor crédito de las apariciones pseudo-marianas a un miembro iluminado de la FSSPX y que multiplica en su Kyrie eleison los estúpidos y absurdos ataques contra el sedevacantismo, mostrando así una vez más que comprometerse con él es un callejón sin salida?.

El arzobispo Lefebvre, por supuesto, eligió bien a sus obispos. Son y morirán lefebvrianos, por cierto, ¡aunque se odien entre sí!

En cuanto a los sacerdotes hostiles a la política de Menzingen, preferirían someterse al terror antes que soportar los falsos juicios que sufrieron el padre Pinaud o el padre Salenave.

Al igual que en los juicios estalinistas, la parte "culpable" debía reconocer su culpa y pedir perdón al tirano de Menzingen, al socio del multimillonario empresario y sionista Maximilian Krah. No intentaban convencer al acusado de que estaba equivocado, de que estaba doctrinalmente equivocado, de que estaba en un error. No, debían confesar su culpa, pedir públicamente perdón al gran timonel, prometer no volver a hacerlo y obedecer la línea del partido en todos los sentidos.

Así actuó el arzobispo Lefebvre en su época: se negó a reunirse con quienes lo habían abandonado o a quienes había excluido hasta que se arrepintieran y pidieran perdón.

El padre Seuillot, por ejemplo, nos contó que así procedió Monseñor Lefebvre en su caso. Como resultado, la entrevista nunca se realizó.

Con el padre Zins, fue aún peor: le hizo creer que aceptaría reunirse con él; el padre Zins, sin dinero, viajó mucho para verlo y, al final, aceptó no verlo nunca, lo que lo hizo esperar mucho tiempo.

Pero, aparte de eso, ¡Marcel Lefebvre es sin duda un santo en el cielo!

Cabe señalar también que, en la llamada Fraternidad, los métodos son los mismos, tanto a la izquierda como a la derecha: el padre Aulagnier fue despedido sin contemplaciones en 2003 (por un simple fax; es difícil avanzar más en la aridez administrativa) por haber aprobado los Acuerdos de Campos.

Esto resulta aún más irónico, dado que fue Menzingen quien pidió a los sacerdotes de Campos que se sentaran junto a él en la mesa de negociaciones con el Vaticano en 2000-2001.

Y hoy todos saben que el obispo Fellay ya estaba trabajando en el acuerdo que el padre Aulagnier sinceramente deseaba alcanzar con el Vaticano. Pero Paul Aulagnier simplemente cometió el error de declararse demasiado pronto y abiertamente partidario del acuerdo.

Monseñor Fellay, a su vez, pretendía lograr el mismo objetivo mediante astucia, mentiras y duplicidad. Así, orquestó un doble discurso durante quince años: un discurso *ad intra* contra los acuerdos de sus homilías, sus conferencias y en Cor Unum. Y un discurso *ad extra* (en particular, a través de su discreto y eficaz canal, el GREC) a favor del acercamiento y un acuerdo con la «Roma modernista».

Es difícil avanzar más en esta manipulación.

Naturalmente, durante muchos años, las tropas lefebvristas no vieron nada malo en esto. Y ahora que Fellay se ha deshecho del obispo Williamson, de los dominicos de Avrillé, de los benedictinos de Nova Friburgo y de los sacerdotes más inquietos contra cualquier perspectiva de acuerdo, todo indica que la FSSPX se unirá a la secta conciliar en los próximos meses, o más probablemente, en los próximos años.

Como podemos ver, la Fraternidad San Pío X históricamente solo ha servido para canalizar y neutralizar la resistencia católica al Vaticano II y las detestables reformas que le siguieron. Así como el Frente Nacional logró neutralizar la resistencia francesa al globalismo y a la destrucción de Francia. Hay que tener la cabeza de un colibrí para no darse cuenta.

Entonces, ¿qué deberían hacer quienes desean permanecer plenamente católicos en la oscuridad actual?

Rezar, santificarse, mantener la fe en toda su integridad, ver con claridad la herejía modernista y la impostura del lefebvreísmo.

En resumen, la Iglesia conciliar no es la Iglesia católica; los ocupantes de la Sede de Pedro desde Juan XXIII no son los vicarios de Cristo; el arzobispo Lefebvre no es el salvador de la tradición, sino su sepulturero.

Todo lo demás son disparates.

Petrus

Fuentes: http://www.leforumcatholique.org/message.php?num=763663
https://sedevacantisme.over-blog.com/article-pour-en-finir-avec-40-ans-de-lefebvrisme-125058327.html